

La nobleza en la España contemporánea

SÁNCHEZ MARROYO, Fernando, *Riqueza y familia en la nobleza española del siglo XIX*, Madrid, Ediciones 19, 2014, 471 pp.

ARTOLA BLANCO, Miguel, *El fin de la clase ociosa: de Romanones al estraperlo, 1900-1950*, Madrid, Alianza Editorial, 2015, 312 pp.

A simple vista, estos libros poco tienen en común. Más aún, el periodo estudiado, algunas de sus fuentes y enfoques junto con una lectura superficial podrían confirmar esta idea. Sin embargo, los trabajos de Sánchez Marroyo y Artola Blanco conectan en muchos aspectos y, sobre todo, pretenden responder a su manera a una pregunta similar: ¿qué explica la continuidad de las elites en la España contemporánea?

El libro de Sánchez Marroyo se centra muy particularmente en la nobleza como élite puesta en cuestión al caer el Antiguo Régimen y desaparecer la ‘red de seguridad’ que suponía la vinculación de sus grandes propiedades. El autor dedica una atención prioritaria a la tierra como pieza esencial de los patrimonios nobiliarios aunque, cuando atiende a los nuevos títulos, se asomen rentas de un origen más diverso. Desde su punto de vista, la desamortización fue uno de los temas estrella –junto con la Hacienda– al abordar la crisis del Antiguo Régimen y las transformaciones sociales que supuso, pero la desvinculación fue menos valorada. Su trabajo es un intento ímprobo por definir el impacto de este cambio legal en el grupo nobiliario. Lo relevante es que Sánchez Marroyo no se centra exclusivamente en el trabajo que supone analizar la evolución de esos patrimonios a través de un amplio número de fuentes notariales y judiciales. Desde esta perspectiva, estaría aportando lo que David Spring promovió para Europa hace ya bastantes años y Richard Herr inició para el caso español. En definitiva, una historia de la gran propiedad agraria en el XIX. Sin embargo, el autor enseguida busca dar sentido a esos cambios y lo encuentra en ámbitos conectados pero no evidentes: la herencia y la familia. No es sólo una historia económica de la nobleza, lo es también marcadamente social.

En las páginas de este libro e, insisto, a través de fuentes bastante áridas, Sánchez Marroyo estudia las relaciones familiares en la nobleza como elemento clave para comprender la perduración o decadencia de las casas. En este sentido, hay que destacar que el autor no defiende un razonamiento simplista: ni las familias numerosas estaban condenadas a una atomización absoluta del patrimonio, ni los matrimonios mejor diseñados eran la clave del éxito. Si algo queda claro es que el azar tuvo un papel principal en muchos de los fracasos más sonados y que el saneamiento de otras fortunas resultó cuestión de suerte. Su estudio de la evolución del patrimonio de los Alba –sin ser el mejor trabajado– es especialmente elocuente a este respecto. Sánchez Marroyo profundiza en las apreciaciones que Ángel Bahamonde ofreció en los ochenta sobre los patrimonios de la nobleza, ampliando el objeto de estudio y aportando una interpretación que tiene en cuenta la gestión al mismo tiempo que los avatares de esas familias.

La atención dedicada a las testamentarias, capitulaciones y otros documentos judiciales otorga a este libro un valor destacado para aquellos historiadores interesados en historia de la familia y de la vida cotidiana. El título —el actual ha sido modificado de una primera edición con otro largo y algo confuso— lo sugiere, pero queda aún más claro en sus páginas: Sánchez Marroyo habla tanto de reales y hectáreas como de bodas, rupturas y todo tipo de enfrentamientos familiares.

En el caso del libro de Artola Blanco su objeto de estudio no es exactamente el mismo. Aquí no sólo se habla de nobleza, sino de una “clase alta” que podría denominarse con el adjetivo de ociosa prestado del trabajo clásico de Thornstein Veblen. En este punto ya asoma una de las principales diferencias con la obra anterior que es la intención clara de definir la identidad de este grupo. Sánchez Marroyo hablaba de nobleza y punto. En el caso de Artola Blanco su investigación traza un objeto de estudio que el autor encuentra definido no sólo en unas fronteras económicas —financieros, rentistas urbanos y agrarios— sino también sociales, en un sentido profundo. Para ello, analiza la dimensión exclusiva de sus residencias, la educación, el concepto de familia y especialmente el de ‘pater familias’, los gastos, el servicio... Aunque las fuentes no sean las mismas en ambos trabajos, Artola Blanco también aprovecha algunas de origen jurídico o estrictamente económico para trascender a ámbitos sociales. Desde nuestro punto de vista, Artola Blanco da un valor muy especial al consumo a la hora de trazar las fronteras de esa alta sociedad lo cual, significativamente, le conduce a subrayar la trascendencia de la nobleza como un grupo que marca muchas de las pautas de distinción a comienzos del XX. En las páginas de este trabajo, se trasluce la influencia de una historiografía social sobre el mundo de los grandes capitalistas —trabajos de Sven Beckert, Yousseff Cassis— que marca las distancias con los trabajos clásicos de Tuñón de Lara y también con las aportaciones sobre los ‘empresarios’ de Del Rey, Cabrera y Torres Villanueva.

Si la primera parte de este estudio pretende definir ese ‘gran mundo’, en segundo término Artola Blanco afronta el reto de historiar su evolución y disolución en los cambios que vive España hasta el primer franquismo. El autor es muy claro sobre este punto: ni la República ni la Guerra Civil supusieron el fin de esta clase. Fueron los primeros años del franquismo los que acabaron con la exclusividad de sus fuentes de riqueza y ofrecieron otros modelos de prestigio social que no cuadraban con esa dimensión ociosa. Eso sí, se insiste, no fue algo inmediato tras el fin del conflicto, ni necesariamente definido de antemano (aunque, se le podría rebatir, bastante anunciado). En este punto, este trabajo adquiere también una característica que no tiene el de Sánchez Marroyo y es su consciente diálogo con la historiografía internacional. Sorprenden las conexiones que puede tener esta *high-class* española con la alemana seducida por los nazis, que trabajó D’Almeida. Las diferencias también se pueden observar, aunque la sensación general es que, con la historiografía actual sobre élites en Europa y Estados Unidos, el declive de esta clase no se produjo al acabar la Guerra Mundial, sino más bien en los Treintas —como sugiere Alice Bravard para Francia—. Artola Blanco sugiere muchos elementos para comprender el éxito de este grupo social. Quizá una respuesta más a la sorprendente perdurabilidad de esta élite se la pueda sugerir Sánchez Marroyo: los títulos nobiliarios (que seguían atrayendo y cohesionando) actuaron en este inicio del siglo XX como una segunda oportunidad.

Algunos supieron aprovecharla para recuperar un poder que iba más allá del prestigio social que se les seguía reconociendo.

Vale la pena subrayar, para acabar, la atención dedicada a la mujer en ambos trabajos. En los estudios de élites –más si son económicas- suelen tener un papel marginal. Si ya es un paso incorporarla como pieza esencial para el estudio de la sociabilidad –algo que ya incoó Francisco Villacorta-, ahora se plantea un paso más, situándola en un contexto de definición de grupos de prestigio con un marcado trasfondo económico. Quizá no tuvieran la relevancia en los ámbitos de toma de decisiones pero si, cada vez más, estas élites se nos presentan en su dimensión social, no se puede abordar su estudio sin acercarse a la mujer.

En definitiva, dos libros que se pueden leer como complemento uno del otro y que, con sus diferencias, permiten acercarse a las elites en la España contemporánea desde una perspectiva social, ajena a interpretaciones prestadas –o heredadas- sin investigaciones que las actualicen.

José Miguel HERNÁNDEZ BARRAL
Centro Universitario Villanueva